

esos que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso encendido, y respondió:

—En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Terán no comprendió el sentido de estas palabras, y le respondió:

—Sí, hará usted muy bien: si sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó usted á su carrera.

A este tiempo Terán observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detrás de él.

—¡Hola! y, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo te has introducido sin ser sentido? ¿Qué hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Terán comprendió al momento que había algún enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, le tomó del brazo.

—Por Dios, que si no me dices por qué estabas detrás de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado, trémulo, cayó de rodillas, exclamando: ¡perdón! ¡perdón!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venía á... matar á usted, y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenía oculto.

—¡Hola! continuó Terán, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que éste es el valor que quería usted darme á conocer, señor capitán?

El capitán, pálido, con los ojos desenfocados y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Terán entonces dijo con indignación al soldado:

—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu jefe con un puñal en la mano y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podría vengarme.

El soldado salió temblando.

—En cuanto á usted, señor capitán, la

ley lo castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos días.

Después de este acontecimiento, Terán tuvo multitud de lances de guerra; pero ya la fortuna se había cansado de protegerlo. sufrió una derrota y experimentó crueles padecimientos en la expedición que intentó á Coatzacoalcos.

Después de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y éste entró en posesión de Tehuacán y Cerro Colorado, que eran los puntos más fuertes de los insurgentes. Terán, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del Gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algún tiempo en la obscuridad y en la pobreza, convencido de que son humo esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

VIII

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, sabios y honrados que ha producido México, se me permitirá transportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado Comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la República á llenar la misión impuesta á su talento, ya que había cumplido la que Dios le señaló á su valor en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colón.

El General Terán, porque ya entonces era General de Brigada, partió, pues, con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á substituir á las imágenes sangrientas y horrorosas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habían experimentado muchos vat-

venes en tiempo de la guerra de Independencia, así es que, en el año de 1827, todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las Colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpatizaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, sólo quería la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edificio en la plaza (*), con una calle elegante (**), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era más activo, la usura no se conocía, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Río Bravo, bailaban candorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus felices jacales, al son de una tambora y un violín. Esto era precisamente lo que quería el General Terán, una población nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venía de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballada, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de aquellos hombres del desierto que eternamente se vengan de los ultrajes que reciben, y del menosprecio con que nosotros, hombres de frac y levita, los miramos. Pero el General Terán procuró en el acto reorganizar las Compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un Comandante militar.

(*) La casa de la señora Doña Juan Garza de Perea.

(**) La llamada del Comercio.

Por lo demás, fué una éra de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenía á sus órdenes del General Terán, no era altanera ni viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querellas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mujeres, y cumplía del todo con el objeto de su institución. No es exageración lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme: En Matamoros y en las Villas se dormía con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdía.

En cuanto á Texas, ¡oh!, Texas era la adoración del General Terán. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos ríos, anchos, majestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embeleso. No hubo río que no sondeara, bosque que no reconociera, floresta ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el Coronel Noriega, que era su Secretario, y los individuos que componían la Comisión de límites, que era Don Constantino Tarnava, Teniente Coronel de ingenieros y excelente matemático; Don Rafael Chowell, hermano de aquel héroe joven que fué mandado decapitar en Granaditas, y Don Luis Berlandier, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al General Terán y á esos fértiles campos de Texas, renunció su carrera y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunión de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habría tenido compasión. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sextantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias de plantas, nuevas clases de peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio día, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del General Terán y de esas Academias literarias y científicas en medio

de los bosques y desiertos de Texas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país virgen, ser el primero que comprende y que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al derredor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupación tierna, interesante, y que no se puede comprender más que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el General Terán vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observación. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los ríos, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Texas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existían; concilió los intereses de éstos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El General Terán fué, en la extensión de la palabra, un sabio como Arago, y un político como Guillermo Penn. —No me atrevo á decir cuál sea la época más gloriosa del General Terán, si la de sus trabajos militares en Oaxaca, ó la de sus trabajos científicos en Texas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, voló á su encuentro, sin que tuviese aún orden para ello, pues comprendió que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabido, la fuerza del genio y el valor de la fortuna dió al General Santa-Anna el completo triunfo, Terán tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y enérgicas, su oportuna situación en el paso de Doña Cecilia, su denu-

do y sangre fría, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por más desorganizado y dividido que estuviera el país, había soldados valientes, aleccionados ya en la guerra, y jefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á exhalar por su patria el postrer aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios quien se apiadó de la suerte de México, el que preparó que se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la Independencia de la República.

En cuanto al General Terán, grabó en esta jornada el penúltimo y más glorioso capítulo de su vida. Su espada no había de desenvainarse ya, sino para herir su propio corazón.

IX

Después de firmada la capitulación y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, según entiendo, en sus expediciones á Texas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos años que transcurrieron desde la acción de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta mísera y caprichosa naturaleza humana. Si juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupción política, que siguió á la Independencia, y que había empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debía encontrar grandes motivos de satisfacción y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los señores Quinteros, en Tamaulipas, y sostenía una correspondencia con algunas de las personas más notables de México. Un trozo de una carta que

dirigió al Dr. Don José María Luis Mora, da á conocer sus ideas. (*)

“Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesión es la de soldado. “y mis gustos son por las ciencias, que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que ha transcurrido desde el año de 1828, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el más útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mí: mis enemigos han olvidado sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimación....”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religión? Esto no prueba más sino lo incomprensible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazón cierta dosis de ese bálsamo consolador de la religión cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la maldad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna no mataría á mi héroe: pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

X

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul; los árboles verdes, los pájaros bulliciosos alegres en demasía, el río cristalino, las flores amarillas, hacían brillar

(*) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de Don José María Luis Mora.

en su cáliz las gotas de rocío, las cañas balanceándose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios había llegado á la naturaleza. Sólo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus cenicientos paredones de adobe, y el alma del General Terán, agobiada por el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde había pasado Iturbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del río. Allí vió aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del río.

¿Por qué era el General desgraciado? Quién sabe. Por la misma razón que es desgraciado el magnate sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los incienso y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, y el joven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al General Terán, podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del río, se encontró con su Secretario, el Coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgué, mi General, que pudiera usted haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del río bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.

Los dos se dirigieron á la casa, y el General almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:

—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez más, y el resul-

tado va á ser la pérdida de Texas; de Texas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encanecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! Daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque, con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambición.

—Pero usted, señor General, contestó el secretario, tendrá, probablemente, la mayoría de sufragios para la Presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el General: ¿cree usted, por ventura, que en ese Palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desietros? ¿Cree usted que esa turba de hombres que cerca al Gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del Presidente? ¿Cree usted que la honradez y la buena intención son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspirantismo? ¿Juzga usted que la moderación y lenidad serían bastantes para destruir el odio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nación de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos?—Créame usted, coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta é infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nación, sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto más que con el oprobio y el desprecio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el partido de la lenidad, lo tachan de imbécil. Cada partidó quiere su triunfo exclusivo: cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de "masas," sufren con paciencia cuantas extorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcabalero; pero esas "masas" arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas mal-

diciones, como un veneno corroen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida.... Este es un presidente; esta suerte se me esperaba á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Texas, á Texas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

....—En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desdén unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á usted con mi corazón, que no sólo nada valen, sino que crían en el alma una ambición y un orgullo, comparable sólo al de Lucifer. Cinco años me ha visto usted estudiar día y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y..... demos punto á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio.... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque no sabemos la suerte que correremos en la revolución: no lo dude usted, la revolución está al estallar, y Texas se pierde.

Al concluir esta frase suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

XI

Por la tarde, el General Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del río, y así, después de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iturbide. Se paró, y como una estatua, estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la Independencia. Al fin prorrumpió en mil exclamaciones:—¡La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¿Qué quiere decir todo esto?... Pero, bien, todo lo creo, ¿mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores? ¿Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve

mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá?... Veremos, el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calosfrío se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenía delante le pareció que crecía como un fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro lívido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "Hé aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición."

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido, y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El Coronel Noriega le dijo:

—Señor General, parece que está usted enfermo.

—Es poca cosa, amigo mío. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora, un ligero quejido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:

—¿Sigue usted enfermo, señor?

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaría soñando. El General se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la Compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu General muriera, ¿qué harían ustedes?

—Otro reemplazaría á V. E., le contestó el cabo, con una rústica sencillez.

Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detrás de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada con-

tra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, exhaló el último y doloroso quejido, implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida, traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un cadáver lívido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salón donde el Congreso de Tamaulipas decretó la muerte de Iturbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Excmo. señor General de División del ejército mexicano, DON MANUEL DE MIER Y TERAN.

M. PAYNO.